



*Toca hacernos cargo de amplificar la voz de los que hoy se atreven al disenso para prevenir que este país sucumba al alud hegemónico.*



**GABRIELA WARKENTIN**  
@warkentin

## ¿Murió uno de los polos?

**H**asta antes del 2 de junio, la opinión pública, una parte de la ciudadanía que vive en redes sociales y la clase política, parecían atrapadas en el desgarramiento de la polarización propia de las sociedades actuales. Todo indicaba que la estridencia de ambos polos era de tal magnitud que la fractura de la conversación pública llevaría, en el mejor de los casos, a la parálisis deliberativa y, en el peor, a la confrontación directa. Lo que sucedió, tras la jornada electoral, fue que uno de los polos creció de tal manera que apabulló al otro, y el otro se desintegró en cuestión de minutos. Tan débil resultó la cohesión del polo opositor que éste se diluyó a los pocos días de la jornada electoral. Y tan fuerte resultó el apoyo en las urnas al polo oficialista, que éste se transfiguró en aplanadora para eliminar obstáculos rumbo a una posible transformación del país como no habíamos vivido en mucho tiempo.

Todo parece indicar que pasaremos de la polarización, de la existencia de

dos extremos encontrados, a una expresión hegemónica de la realidad que elimine la diferencia, coopte el disenso y siga negociando con las fuerzas (legales o no) que le permitan mantener la operación de este sistema. Suena parecido a otros momentos de nuestra historia, pero se complejiza en el contexto geopolítico de los tiempos que corren. Y sí, podríamos culpar de tal desequilibrio de fuerzas a la debilidad del polo opositor que tiró la toalla al minuto uno de su derrota: los líderes de los partidos políticos que perdieron se han dedicado a salvar lo que les queda de pellejo; la candidata opositora toca puertas que ya nadie le abre; esa ciudadanía organizada ni siquiera tuvo el ímpetu de acompañar la más reciente protesta ante el INE para exigir la no aprobación de la sobrerrepresentación en el Legislativo. Podríamos, en resumen, culparlos a ellos o a los *gandallas oficialistas* o a la desidia ciudadana o a la mala leche divina.

Salvo que culpar sirve de poco.

Tras recibir su constancia como Presidenta electa, Claudia Sheinbaum insistió en lo de Presidenta con a, “porque lo que no se nombra, no existe”. Y tiene razón, Presidenta. Lo que no se nombra, no existe. Así que, más que culpar, comencemos a nombrar.

La aplanadora hegemónica tendrá éxito si se le ceden todos los espacios simbólicos y de poder. No está fácil, pero sí hay otras voces que podemos amplificar y nombrar para que existan. Voces que trasciendan los polos inútiles.

Injustos, por ejemplo, han sido los titulares de los medios de comunicación. Meten en un genérico a “los magistrados del Tribunal Electoral” que avalaron la elección presidencial con un dictamen que no reconoce irregularidad alguna, sin nombrar a Janine Ojalora y Reyes Rodríguez en sus propuestas de registrar, por ejemplo, la intervención del crimen organizado y de los funcionarios públicos (sobre todo la de López Obrador) en las elecciones y así conminar a una revisión futura de las condi-



ciones electorales en el país. Perdieron en la votación, pero argumentaron.

Toca nombrarlos, no invisibilizarlos.

Parciales han sido también los señalamientos de que los magistrados emitieron un dictamen de elección limpia para luego, posiblemente, conferir la mayoría calificada a Morena y sus aliados, con tal de quedar hasta el 2027 en sus cargos, según la propuesta de reforma al Poder Judicial. ¿Todos los magistrados? ¿Solo ellos? ¿Y quienes extorsionan voluntades desde el Legislativo? ¿A esos no se les nombra? ¿Desde qué genéricos invisibilizamos a quiénes?

Dado que el polo opositor más evidente se desintegró, o nunca existió, toca hacernos cargo de amplificar la voz de los que hoy se atreven al disenso para así prevenir que este país sucumba al alud hegemónico que mande a la espiral del silencio las opiniones divergentes y la pluralidad de una sociedad compleja.

Comencé este artículo preguntándome si uno de los polos, en este caso el opositor, se había desintegrado. Y al hacerlo no estaba añorando la polarización que prefiguraba un encontronazo electoral que nunca fue. La pregunta tiene que ver, más bien, con la oportunidad de alejarnos, al mismo tiempo, de la trampa polarizante y del agandalle hegemónico.

Queda poco espacio y menos tiempo. Lo sé. Pero tal vez quede algo de vocación de nombrar para conferir existencia.

Tal vez.